

Un sabio, un crítico y una catedral

Escribe: HELCIAS MARTAN GONGORA

1. EL SABIO URICOECHEA

En la constelación de humanistas, formada por Caro y Cuervo, Vergara y Pérez Triana, la luminaria quizás menos conocida, en Colombia, se apellida Uricoechea. Su nombre no cede en méritos ante los integrantes de la brigada científica, que ilustraron la Expedición Botánica, bajo el comando del gaditano Mutis. Más polifacético que Rufino J. Cuervo y de mayor versatilidad que el sabio Caldas, ciertamente, don Ezequiel no fue un profeta en su tierra. La mayoría de sus años discurrieron en el exterior, en la búsqueda incansable de nuevos conocimientos. Primero Yale, cuya universidad le dio el título de doctor en medicina: después, Göttingen, en donde cursó filosofía y se recibió de maestro en artes liberales. Bélgica le abrió las puertas de su observatorio astronómico, antes de su fugaz regreso a la patria, en la que regentó la cátedra de química del Colegio Mayor del Rosario. En el catálogo de sus obras, poco menos que inéditas hoy, figuran tratados sobre arqueología, farmacia, geografía, pintura colonial, lingüística española e indígena, antropología, etc. Las academias de otras latitudes se disputaron el contarle entre sus miembros. Pero la máxima distinción y responsabilidad docente se la discernió, en vida, la Universidad Libre de Bruselas, al encomendarle la fundación y regencia de la cátedra de árabe, bajo el mecenazgo de S. M. Leopoldo II, rey de los belgas, a quien dedicó su ponderada traducción de la gramática de Caspari. El sabio Uricoechea murió en Beyrouth, cuando se disponía a penetrar en el territorio de las tribus nómadas del desierto, a la pesquisa de las fuentes incontaminadas del idioma islámico. Fue en 1880 y en la plenitud de los 54 años.

En la Biblioteca de Literaturas Orientales de la Universidad Libre de Bruselas, bautizada en honor de nuestro compatriota, una placa perpetúa su memoria. Desde el cuadro al óleo, el maestro Uricoechea, con sus ojos insomnes y su barba rabínica, se asoma al mundo contemporáneo, da fe de su vida consagrada al estudio, a la enseñanza y reafirma las posibilidades ecuménicas del hombre colombiano. Un folleto conmemora-

tivo (1), recopilado por el Instituto Caro y Cuervo, capta el homenaje y reseña la trayectoria humana y cultural del más universal de nuestros filólogos. Sin embargo, todavía el país está en mora con el sabio Uricoechea. La Universidad Nacional se honraría a sí misma, al entronizar su retrato, en una de las aulas de la Facultad de Filosofía y Letras. Y el Instituto Caro y Cuervo, fiel custodio de su obra, aún puede confiar al bronce la vera efigie de don Ezequiel, para que presida una de las avenidas de Yerbabuena, la hacienda sabanera, en donde se congregan, por las tardes, sus continuadores en el tiempo y el espacio. Que no en vano, su director eximio, José Manuel Rivas Sacconi, pregonó que “Ezequiel Uricoechea asciende hacia la gloria con la eterna seguridad de los astros. Su dimensión crece de día en día. Después de prolongado eclipse, su mensaje de luz vuelve a nosotros con renovado fulgor”.

No ha de faltar, entre tanto parlamentario reformador e irreformable, alguno que presente el respectivo proyecto de ley e incluya la correspondiente partida en el presupuesto nacional.

2. RAFAEL MAYA

La abulia o la miopía de profesores y ensayistas, hizo fracasar el concurso que, en torno a la vida y la obra de Rafael Maya, organizó la Compañía de Seguros Bolívar. Lástima grande que se desaprovechara esta oportunidad excepcional para intentar la aproximación justa a un valor cenital de la poesía y de la prosa hispanoamericanas. ¡Qué experiencia tan singular la del maestro Maya, la de haber podido oír, en la cima dorada de su edad, un fragmento siquiera del juicio con que sus contemporáneos lo presentarán ante sus lectores del porvenir! Más para quien hizo en su discurso de Acción de Gracias, en Popayán, pública profesión de humildad, lo importante es la fidelidad a su labor creadora de toda la vida. Así el veredicto frustrado se compensa, en parte, con la publicación de los *Escritos literarios* (2), libro con que el Instituto Colombiano de Cultura Hispánica rinde tributo al príncipe de los escritores contemporáneos del país. Testimonio veraz de un esteta, cuya prosa de un profundo contenido conceptual tiene la levedad del vuelo y la fluyente transparencia del manantial andino.

Difícilmente, en un poeta mayor se aúnan, como en Maya, las virtudes del crítico de prosapia clásica y el prosista de raíz moderna, más sin los floripondios verbales de los cónyuges supérstites de Rubén Darío, a quien consagra un estudio medular, escrito a la sombra del mito de Orfeo. El estilo del maestro Maya se compadece con el más depurado gusto literario actual. Lección de orden y equilibrada novedad, en estas exuberantes latitudes del trópico. Dominio pleno del díscolo instrumento idiomático. Valgan, como ejemplo, sus opiniones sobre el combativo y combatiente José María Vargas Vila, a quien pinta, más que define, con tres pinceladas felices: “No fue un orfebre, sino un obrero de las frases,

(1) Ezequiel Uricoechea, Imprenta Patriótica. Bogotá, 1968.

(2) Instituto de Cultura Hispánica. Bogotá, 1968.

pero un obrero de rara habilidad. Gran artesano del estilo, y, por eso mismo, eminente escritor popular". Cuando Vargas Vila, habla de Kant, "aquello es la guacamaya del cuento posada sobre una columna dórica". En torno a las predilecciones escatológicas de don José, diagnostica el maestro: "Su misma pornografía es una exageración sacristanesca. Vargas Vila no conoció más sensualidad que la de la palabra, las otras lo dejaban indiferente, según confesión propia".

Si las cuatro notas sobre Silva tienen todo el primor y el colorido de un retablo renacentista, el contraste del claroscuro y la técnica del agua fuerte se manifiestan, a cabalidad, en el estudio sobre Guillermo Valencia. Hace años que cuando el escrito se publicó, a manera de prólogo de una edición oficial, originó un memorable auto de fe... Sería oportuno escuchar, ahora, el concepto de valencistas de tanta alcurnia y brillo, como Carlos López Narváez y Benigno Acosta Polo.

Por el libro desfilan también con pleno conocimiento del personaje y dominio de la substancia crítica: don Eugenio Díaz, el venerable abuelo del criollísimo colombiano, Domingo F. Sarmiento, varón de acción y pensamiento, muerto "en honrada y santa pobreza, con las manos limpias de peculado, y sin que el oro lo hubiese tentado para otra cosa que para fundir las herraduras de su caballo"; los prosistas del tiempo "Azul" del modernismo, y, Julio Flórez, el romántico de "Oro y ébano", evocado en el remanso litoral de Usiacurí, villa en donde el poeta bohemio, de regreso de todas las orgías asiste, al fin, a "la aparición de su alma". Nada mejor para describir la impresión que despierta este volumen del maestro Rafael, que parodiarlo a él, a propósito de Rubén: "Así como el flautista del diálogo platónico fue desterrado de la sala porque descomponía el rostro al soplar los huecos de la flauta, así podemos imaginar a Maya, abandonando el festín de las Musas, si el expresar su crítica no hubiese podido conservar la estética del gesto". Rafael Maya, aún en el centro del palenque polémico, conserva la serenidad de las figuras que decoraban los frisos de los estadios griegos.

3. UNA CATEDRAL DE SAL Y DE SILENCIO (3)

América tiene sus catacumbas, perforadas en la entraña nocturna de los Andes. Desde la más umbría antigüedad, en las concavidades de la roca, los naturales rendían culto a una deidad, a quien llamaban Nygua. Por obra del azar, los niños, en sus juegos, descubrieron la pequeña cripta de la diosa olvidada por los chibchas. El descubrimiento de las minas de sal, puso en manos del Zipa el control comercial del altiplano. De norte a sur venían los mercaderes a trocar sus joyas, mantas y alimentos, por panes de sal. Tras su blanco rastro marchó el licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada al descubrimiento y conquista del Nuevo Reino, con su palúdica tropa de caballeros andantes, por el río grande de La Magdalena. Sería interesante establecer la cuota que le corresponde a la sal,

(3) Gloria Dall. Bogotá, 1968.

en la hazaña española. Así como se habla aún de un hipotético El Dorado, también debería aludirse al imán blanco de las salinas del Zipa, que orientó las plantas fatigadas de los aventureros peninsulares.

Los españoles explotaron, durante la colonia, las minas de Zipaquirá y Nemocón, mediante sistemas muy rudimentarios. Al Barón Alejandro de Humboldt, le correspondió impartir instrucciones para la explotación técnica de los yacimientos. En la actualidad, la administración y el laboreo, las ejerce el Estado, por intermedio del Banco de la República.

De las galerías excavadas por los mineros, a través de seculares jornadas, surgió la idea de consagrar el recinto interior al culto de la Madre de Dios, en la imagen tallada por un obrero indígena. El arquitecto González Concha dirigió la transformación de las bóvedas, en la imponente basílica, sitio de atracción y recogimiento de todos los turistas que visitan a Bogotá. Monumento de fe y trabajo anónimo, superior en belleza y profundidad a las de Wieliczka, en Polonia. El cardenal Antonio Samoré, dijo de la catedral: "Que no es nueva sino de siglos, tal vez de milenios, tal vez la más antigua que existe sobre la tierra. Y los arquitectos son los aborígenes que sin saber por qué iban labrando la nueva catedral".

Tal es, en síntesis, la historia de la catedral de sal, en cuyo honor se han escrito páginas memorables, entre otras, la del poeta venezolano Vicente Gorbasai. Más no hay duda que el libro de Gloria Dall representa la mejor guía literaria del templo subterráneo. *Una catedral de sal y de silencio*, es el sugestivo título de la obra, escrita en buena prosa, no ajena al aleteo lírico, a la efusión cordial de su alma diáfana de mujer. Sus palabras se cristalizan y brillan como las marmajas, cuando escribe, al final:

*"fiel Centauro de Dios, Sal de la vida,
luz interior para los ojos ciegos".*